

PRIMERA INSTANCIA

Almudena Fernández Ostolaza



PRIMERA INSTANCIA

DER

ALMUDENA FERNÁNDEZ OSTOLAZA
PRIMERA INSTANCIA

DER



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Almudena Fernández Ostolaza (2019)

© Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39 -2º

15007 A Coruña

info@distrito93.com

www.distrito93.com

ISBN 978-84-17895-85-3

Depósito legal: CO 1246-2019

Diseño de cubierta: © Distrito93

Fotografía de cubierta: © AdobeStock/Kevin

Diseño y maquetación: © Distrito93/Yésica López

Agradecimientos a Anna Balagué Puxan,
Germán Miñano Fernández, Inmaculada
Escobar García.

Para Mercedes Alday, la abogada que
todo el mundo querría tener.

DOMINGO DOS DE MAYO DE 2006

Aquella noche, cuando Lucía vio el pueblo por primera vez pensó que le recordaba a un barco. Por el Oeste, el corte vertical caía directamente sobre el pantano; en la otra ladera, cientos de casitas bajas, cientos de puntos de luz que al reflejarse en el agua le daban un aire majestuoso.

Tardaron un buen rato en orientarse subiendo y bajando por unas callejuelas en las que casi no cabía el coche, pero al fin lograron dar con el hotel. Chus, el dueño, aguardaba en el porche y al verles aparecer bajó unos peldaños, tiró la colilla al suelo sin cuidado y se acercó para recibir a Jorge con un gran abrazo. Luego saludó a Lucía con un solo beso, en plan familiar, como si la conociera de toda la vida.

A ella le cayó bien al instante: era imposible que aquel hombre con rastas y pantalón naranja budista fuera muy amigo de Jorge, siempre tan trajeado. No pegaban nada. Se rio aliviada de lo ridículo de su preocupación y se hizo el propósito de relajarse, disfrutar de ese viaje por el que tanto había suspirado. Tenía que dejar de creerse una fugitiva, al fin y al cabo, ella no tenía que esconderse de nadie. Y debía confiar más en Jorge que seguro que sabía lo que hacía.

Chus les ayudó a subir el equipaje a su habitación metiéndoles prisa para salir: aquella noche terminaba la feria, no podían perdérsela.

La feria era pequeña y parecida a la de todos los pueblos. Llegaron enseguida, aparcaron en un hueco justo frente al recinto y, en cuanto abrieron las puertas del coche, les llegó el bullicio y el olor del puesto de churros instalado en la entrada, junto a otros de

chucherías y turrón.

Pasaron por delante de algunas atracciones apagadas. Lo único que funcionaba a esas horas era los coches de choque, ocupados por unos adolescentes que gritaban y se reían eufóricos mientras un chavalín gitano, extraordinariamente guapo, los controlaba con desgana. Al chico le interesaba mucho más la evolución de las sevillanas que bailaban con desparpajo dos minifalderas al son de la propia música de la atracción. Al sentirse miradas, se equivocaban en los pasos y se corregían la una a la otra sin poder aguantar la risa.

Tuvieron la suerte de encontrar una mesa al aire libre en una caseta adornada con guirnaldas de una marca de fino. Esperaron sin impacientarse a que les atendiera un camarero, que no daba abasto con tanta gente, para pedir flamenquines, salmorejo y unas cervezas. De lejos, les llegaba música de pasodobles.

Durante la cena Chus no paraba de hablar. Les contó cómo había llevado a cabo la rehabilitación del antiguo cortijo de su familia para montar el hotel. Se interrumpió varias veces para presentarles a los conocidos que andaban por allí: el farmacéutico y su mujer; el médico; un primo suyo, dueño de una fábrica, que, por lo visto, era el rico del pueblo; y hasta un constructor, que se empeñó en invitarles a ir de caza. Jorge metía baza en la conversación en su papel de antiguo profesor de un alumno brillante, para animarle a que no abandonara la pintura porque consideraba una lástima que se perdiera su talento y él, agradecido por los halagos, se quejaba de que era imposible vivir solo con el arte.

Mientras charlaban, tres chicas saludaron a Chus desde la caseta de enfrente. La más alta era tan guapa que era imposible no fijarse en ella. Lucía calculó que sería más o menos de su edad y se quedó mirándola como hipnotizada: los ojos, la piel, la sonrisa... todo en ella era magnético. Vestida con unos sencillos vaqueros y camiseta negra de tirantes, tenía el porte de una estrella de cine. Las otras dos, a su lado, pasaban totalmente desapercibidas.

—Es Lola —dijo Chus, anticipándose a la pregunta—, la prima de Fran.

—¿Del constructor? —se extrañó Lucía—. Pues se ha llevado todos los genes buenos de la familia, parece una modelo.

— Es pintora también — seguía explicando Chus —, tiene una tienda de ropa y artesanía.

Lucía, al darse cuenta de que Jorge también miraba a Lola embelesado, arrimó su silla a la de él y le abrazó cariñosa.

Enseguida se acercó una de las dos acompañantes de Lola, pelirroja, muy sonriente y de estilo ecléctico.

— Hola, *honey* — le dijo a Chus, revolviéndole el pelo como si fuera un niño—. ¿Qué tal, chicos? — les preguntó a ellos con un acento muy peculiar, entre andaluz e inglés.

— Hola, Sarah, guapísima. Mira, son unos amigos de Barcelona: Lucía y Jorge. Van a estar por aquí unos días de vacaciones.

Sarah se sentó en la silla que quedaba vacía y bebió un sorbo de la cerveza de Chus.

— ¡Oh!, ¡qué bueno! Ya veréis, este sitio es guay — dijo con esa entonación extraña que sale al usar la jerga de un idioma ajeno—. Yo me enamoré completamente de estas tierras cuando llegué y no me he podido marchar. Tenéis que tener muchísimo cuidado para que no os pase lo mismo. En este pueblo vais a vivir experiencias muy intensas — les advirtió en tono misterioso —, lo presiento.

Lucía empezaba a creer que estaba un poco chiflada, pero le caía bien.

En realidad, esa noche todo le parecía bien. Se sentía a gusto con la perspectiva de pasar dos semanas con Jorge y, sobre todo, con la actitud de él tan relajada y tan diferente a la de Barcelona. Allí no tenían que esconderse, no le importaba que les vieran juntos. El viaje no podía haber empezado mejor.

— Bueno, solo venía a saludar. Os dejo — dijo Sarah levantándose.

— No te vayas tan pronto, mujer, quédate un poco — le pidió Chus, cogiéndole de la mano.

— No puedo. Tengo que estar en Sevilla a las seis de la mañana porque me voy a Londres por unos días. *Bye, bye*. ¡Qué disfrutéis! — se volvió para despedirse también de sus amigas con un gesto y se marchó.

Inmediatamente, Chus, acercando la cabeza a la de ellos, dijo en voz misteriosamente baja:

— Habla así porque tiene poderes, sabe echar las cartas. ¡Y acierta

un montón de cosas!

—¿Es adivina? —preguntó Lucía, intentando hacerlo con delicadeza.

—Medium y profesora de inglés, aunque no se gana la vida con nada de eso —dijo Chus. Hizo una pausa para crear suspense y ellos le miraron esperando a que siguiera —, bueno, en realidad, y esto por favor no lo contéis, vive aquí para esconderse. No sé si de la mafia o algo así. Lo que sí sé es que alguien le manda dinero; pero es buena gente.

Aprovechando que Chus dedicó a continuación toda su atención a liarse un canuto, Lucía interrogó a Jorge con la mirada para aclarar si su amigo también era un lunático, pero Jorge no se dio por aludido.

Después de cenar se acercaron al escenario, donde dos músicos y una cantante vestida de lentejuelas, que se autodenominaban la Orquesta Corazón de Diamante, abordaban grandes éxitos de todos los tiempos. Lucía se lanzó a bailar con entusiasmo sumándose a un corro de veinteañeros que improvisaban una coreografía con *Las flechas del amor*, pero los hombres prefirieron instalarse en una barra junto a la pista.

Pasaron las horas casi sin darse cuenta: *Macarena*, *La Mayonesa*, *La chica yeye*, *Una mujer en el armario...* Lucía bailaba exultante. De vez en cuando hacía un descanso. Se acercaba a Jorge y Chus para recuperar su copa, bebía con ellos, riéndose los tres de cualquier tontería, y enseguida volvía a la pista, donde sus compañeros de baile le hacían un hueco como si ya formara parte de la panda. En una ocasión que miró distraídamente hacia la barra vio que Jorge charlaba con Lola y su amiga. Intentó no fijarse en ellos, pero se le iban los ojos. Daban la impresión de estar pasándolo fenomenal: no paraban de reírse. Disimulando su malestar, se acercó a Jorge y le sacó a bailar *Sabor de amor*. Para su desilusión, él volvió a la barra enseguida, en cuanto acabó la canción. Ella siguió bailando, pero no logró quedarse tranquila hasta que vio despedirse a Lola y a su amiga. Aunque, al poco rato, la orquesta también se despidió agradeciendo al público su entusiasmo, terminó su actuación tocando *Al partir y cerraron la barra*.

Caminando hacia la salida del brazo de Jorge, al pasar por delante

de las casetas cerradas, incómoda por la tierra que se le colaba en las sandalias, se dio cuenta de lo borracha que estaba y deseó teletransportarse hasta la cama.

Quince minutos después, en su habitación del hotel, se acostó con un precioso conjunto de encaje negro esperando a Jorge, que remoloneaba en el piso de abajo. Cuando se dio cuenta de que iba para largo por las risas que llegaban desde el salón, se puso furiosa: la primera vez que podían pasar juntos una noche entera, ¡y él se quedaba de charla con su amigo!

Furiosa y todo, se quedó dormida.

LUNES TRES DE MAYO DE 2006

Se despertaron abrazados con una resaca descomunal. Aunque no podían casi ni hablar, empezaron muy lentamente un juego cariñoso de caricias que, poco a poco, les fue animando.

De repente, se abrió de golpe la puerta de la habitación y apareció Chus, como un loco. Lucía se asustó y gritó cubriéndose con la sábana. Chus se sobresaltó con el grito de Lucía y se quedó mirándoles como si lo insólito de la escena fuera que ellos estuvieran acostados y no su repentina aparición. Al cabo de unos segundos dijo:

– Han matado a Lola.

– ¡Qué dices! – exclamó Jorge incorporándose.

– La han atropellado.

– ¿Un accidente? – preguntó ella.

– No. Le han pasado varias veces por encima con el coche – dijo Chus con la voz quebrada, comenzó a llorar y salió de la habitación tapándose la cara con las manos.

La jueza Inmaculada Alday llegó a la escena a primera hora de la mañana tras la llamada del sargento Ramírez, que, desde el primer momento, le advirtió que tenían un problema grave: aquello no había sido un accidente. Julián, el secretario, la acompañaba.

Aunque iban preparados para lo que iban a encontrar, el estado del cuerpo les impactó. Inmaculada, con solo veinte días de experiencia

en ese primer destino, se descompuso con la visión de las heridas y, lo que era aún peor, el olor terrible de las vísceras y de la sangre que había por todas partes.

La Guardia Civil había acordonado la zona, un tramo de carretera en curva cerca de la feria. Estaban todos los efectivos del pueblo. Además del propio Ramírez, un hombre con muchísima experiencia al mando del puesto de la Guardia Civil; su hijo, que parecía tan joven que costaba creer que hubiera cumplido los dieciocho; los agentes Ángel y Paco, con los que la jueza había coincidido en varias ocasiones; y algunos más a los que conocía solo de vista.

La forense, que llegó unos minutos después, era una chica delgada, muy elegante, de origen norteamericano. Mientras Inmaculada vomitaba, a pesar de que intentaba evitarlo con todas sus fuerzas, ella examinaba el cuerpo con precisión y meticulosidad.

—No te preocupes —le dijo—, a todo el mundo le pasa las primeras veces. Los forenses vemos tantos cadáveres que ya estamos acostumbrados.

Inmaculada le agradeció su comprensión y consiguió sobreponerse. Luego, agachándose junto a ella, le preguntó:

—¿Crees que puede haber sido violencia machista?

—¡Puede haber sido cualquier cosa! ¡Qué salvajada! —contestó la forense, que, a pesar de su experiencia, parecía también impresionada.

—La víctima es Dolores Moreno Aguilera —intervino Ramírez en tono colaborador—, de treinta y cuatro años. Soltera. No hay marido ni pareja ni novio, que se sepa. Tenía un hijo, de unos cinco o seis años.

—¿Y el padre del niño? —preguntó la jueza.

—Desconocido —contestó Ramírez—, bueno, oficialmente desconocido. Los rumores dicen que es hijo de don Álvaro, el dueño de la fábrica.

Cuando terminaron con el examen preliminar del cuerpo, las fotografías y la recogida de muestras, Inmaculada miró a su alrededor concienzudamente. Desde aquel lugar se veía la feria, de la que llegaban, amortiguados por la distancia, los ruidos metálicos del proceso de desmontaje de las atracciones. Todo lo demás era

campo, aunque se adivinaban, entre los árboles, algunos tejados diseminados. Se fijó en la churrería ambulante instalada a la entrada de la feria y ordenó que localizaran a la persona que estuviera atendiendo aquel puesto la noche anterior.

En el coche de vuelta, sin esperar siquiera a llegar al juzgado, pidió a Ramírez, que iba al volante, que le contara todo lo que supiera sobre aquella pobre mujer y él, tan hablador como eficaz, le fue relatando durante el trayecto todos los detalles de la biografía de Lola conocidos en el pueblo.

Lucía y Jorge bajaron tarde a desayunar y se sentaron con Chus en la única mesa del comedor. Chus tenía la espalda reclinada en la silla, la cabeza baja y los ojos hinchados.

— ¿Se sabe algo más? — le preguntó Jorge, rompiendo el incómodo silencio.

— Sí. Me han dicho que la Guardia Civil ha interrogado al churrero.

— Seguro que es el único que no iba borracho — dijo Araceli, la cocinera, que entró y les sirvió un café a cada uno sin preguntar nada. Les trataba como si fueran unas visitas que se hubieran presentado en su casa.

— Ha contado que Lola se marchó de la feria en el coche de Álvaro — añadió Chus.

— Álvaro es tu primo, el dueño de la fábrica, ¿no? — le preguntó Lucía. Recordaba vagamente a un señor muy bien vestido, aunque Chus les había presentado a tanta gente que no se acordaba bien.

Chus asintió y siguió hablando:

— Y también ha hecho una lista de los que nos quedamos hasta el final, así que no os extrañe si se presenta la Guardia Civil para hablar con nosotros.

Lucía y Jorge se miraron incómodos. Las cosas se les podían complicar.

— Creo que el tío está rayadisimo — continuó Chus ajeno a su preocupación —, cabreado de que le molestaran a él y no a tanto

borracho como había en la feria, y ha jurado que no vio nada.

— Tampoco querrá meterse en líos — dijo Lucía.

— O tiene miedo — terció Araceli, volviendo a entrar en el comedor —, lo mismo le han amenazado para que se calle la boca.

— Ya estás inventando historias — le dijo Chus molesto.

— No me invento nada. Mira Lola con lo del niño. ¡Pobrecilla!, bien que se calló quién era el padre. ¿Por qué?, pues porque tenía miedo. ¡Aunque de lo que le ha servido! — añadió, santiguándose —. Vete tú a saber que clase de bestia será; porque te aseguro que para una mujer tiene que ser muy duro tener un hijo sola, criarlo sola y, encima, estar en boca de todo el mundo.

Lucía se dio cuenta de que Jorge se estaba irritando con la cháchara de Araceli. Él aprovechó que Chus se levantaba para coger el teléfono de la recepción y salió también del comedor con la excusa de que le dolía mucho la cabeza; le dejaron a solas con la mujer, que, encantada de tener audiencia, se sentó a su lado decidida a empezar la historia desde el principio.

— Esa criatura lo que ha tenido es mala suerte en la vida — comenzó Araceli, jugando distraídamente con unas migas de pan que ordenaba y desordenaba en los cuadros del mantel —. Primero, se quedó huérfana muy chica. Suerte que tenía a doña Remedios, que es hermana de la madre, y será más seca que un haba, pero es buena gente. Y con dinero, eh, que en esa familia no son ningunos muertos de hambre. ¡Pobre mujer, debe de estar pasando un infierno! — Araceli se secó con un pañuelo las lágrimas que le asomaban a los ojos y Lucía pensó que era curioso que se apenara mucho más por el sufrimiento de la tía que por la propia fallecida —. Bueno, el caso es que la crió la tía. Doña Remedios es muy estricta, es una mujer que casi da miedo, pero la trató como a una hija, esa es la verdad, que no le faltó de nada. Pero, claro, la chiquilla enseguida empezó a tontear y doña Remedios no lo consintió. Se pasaban todo el día peleando, tanto que Lola, en cuanto pudo, se marchó a estudiar a Sevilla. Cuando volvió al pueblo empezó a salir que si con uno, que si con otro; pobrecilla, ¡los tenía locos a todos y no encontró ninguno que la quisiera de verdad! Y es que ser tan guapa no se crea usted que es una ventaja.

Lucía se limitaba a asentir con la cabeza de vez en cuando porque Araceli hablaba tan deprisa que no le daba tiempo a intervenir.

—Cuando estuvo de novia de don Álvaro, doña Remedios vio el cielo abierto. Pero el asunto se acabó de la noche a la mañana y, en cuestión de meses, don Álvaro se casó con doña Mariola. Una boda por todo lo alto. En este pueblo no ha habido otra igual. ¡Si la gente hasta encaló las casas para que luciera el pueblo como en la procesión!, pero el caso es que luego se hizo novia de... —en ese momento Araceli señaló hacia la recepción y continuó en voz más baja—, ya sabe, del jefe.

—¡Ah!, no sabía que Chus y Lola habían sido novios.

—Sí, aunque el asunto venía de atrás, de cuando estudiaban en Sevilla.

Lucía se distrajo un momento calculando que eso debía de haber sido en la época en la que Jorge era profesor de Chus.

—¿Fue cuando la Expo? —le preguntó.

—¡Justo! Dicen las malas lenguas que Chus y Lola seguían viéndose en secreto hasta que don Álvaro les pilló. Y por ahí si que no iba a pasar porque, por muy enamorado de Lola que estuviera, don Álvaro es un señor. Y, ¡mira tú!, lo de Chus tampoco cuajó, y no me extraña: que yo no digo que no sea buena gente, que es un pedazo de pan, pero raro, es un rato. Y luego, fíjese, sin que se le conociera novio ni nada, se queda embarazada y tiene al chiquillo. ¡Qué es una ricura, angelito! Él no tiene culpa de nada. Doña Remedios casi se muere del disgusto, estuvo muchos años sin hablarse con Lola.

Hasta ese momento Lucía, por ser amable, no había comentado nada de lo machista que le parecía aquella historia, pero, ahí, ya sí que no se pudo callar:

—Pero, mujer, ¿por qué va a ser eso un disgusto? Eso era hace siglos. Ahora las mujeres tienen hijos cuando les parece, estén casadas, solteras o casadas con otra mujer si les da la gana. Ya nadie se mete en eso.

Araceli le miró como si fuera una marciana e ignoró totalmente su comentario.

—Menos mal que, últimamente, parecía que habían hecho las

paces, porque, si no, imagínese la espina que se le iba a quedar clavada. Y es que lo de no contar quién es el padre es muy raro, esas cosas siempre se saben. Se lo digo yo, que esa muchacha tenía miedo. Y, mire, razón no le faltaba a la pobre. ¡Jesús!, ¡acabar así! — Y moviendo la cabeza en un gesto que lo mismo podía ser de pena que de indignación, recogió todas las migas y se marchó a la cocina.

Lucía salió al porche y se recostó en una butaca de mimbre. Desde allí se veía la montaña, salpicada de casitas blancas con sus tejados rojos, bordeada por el pantano. Parecía una postal.

La noche anterior, al llegar, había creído que estaban en una isla; pero ahora se daba cuenta de que era más bien una península porque, aunque los únicos accesos al pueblo eran dos puentes, el pantano no lo rodeaba por completo. En la parte más baja, un pequeño tramo de tierra lo unía a lo que parecían ser «las afueras», donde estaba precisamente el hotel, algunas casas de campo y la feria. El aspecto de la feria daba lástima, medio desmontada y desierta, salvo por una cuadrilla de operarios que cargaban las piezas de las instalaciones en camiones. Encajaba perfectamente con su estado de ánimo.

De vez en cuando, oía el motor de algún coche que pasaba por la carretera. La quietud del campo, lejos de tranquilizarla, le provocaba una sensación de aislamiento que le inquietaba. Buscó el móvil en el bolso y llamó a Carmen, su compañera de trabajo en el museo y su mejor amiga.

—Hola. Por favor, cuéntame el destino sorpresa, me muero de ganas.

—Estamos en un pueblo de Cádiz. Es muy pequeñito, precioso.

—Suenan idílico.

—Ya, pero ha pasado algo horrible. Ayer por la noche fuimos a la feria con el dueño del hotel. Había una chica guapísima que fue novia suya, también pintora, y la han asesinado.

—¿Cómo que la han asesinado?

—Sí, atropellada. Además, como estábamos allí al lado, puede que nos llamen como testigos...

La declaración del churrero fue clave para esclarecer que Lola había estado en la feria la noche anterior, desde las diez hasta las cuatro aproximadamente, y que se marchó de allí con su amiga Ana, peluquera, en el coche de Álvaro Muñoz Estrada. El churrero dijo que conocía al personal porque llevaba ya muchos años de ferias, la de ese pueblo y todos los de alrededor. También pudo identificar a casi todos los que se quedaron hasta última hora, según él todos iban «bastante cocidos».

«¡Qué hombre tan desagradable!», pensaba Inmaculada mientras le escuchaba. Hablaba como si en lugar de preguntarle le estuvieran acusando. No paraba de moverse y respondía a sus preguntas con una agresividad tremenda. Insistía, en tono exageradamente machista, en que Lola se lo iba buscando, que cuando alguien va por ahí provocando se encuentra con lo que no quiere y que si hubiera estado en su casa «con un marido como Dios manda» no le habría pasado nada. A ella no le interesaban sus opiniones, sino lo que hubiera visto: estaba segura de que desde la churrería tenía que verse la curva de la carretera en la que habían encontrado el cuerpo. Pero él repitió más de veinte veces que no había visto nada.

Puso especial cuidado en que la antipatía que le provocaba ese hombre no interfiriera en su actuación, aunque se alegró cuando, por fin, terminaron y le perdió de vista. Eso sí, ordenó por teléfono a Ramírez que inspeccionaran la churrería ambulante.

Prefirió no comentarle nada a Julián, que terminaba la transcripción en su ordenador, ya que alguien tenía que suplir al funcionario que se había jubilado sin que el ministerio enviara a nadie para cubrir su plaza. Inmaculada se iba adaptando a la peculiar manera de trabajar de aquel juzgado, que más parecía una empresa familiar en la que todos echaban una mano en lo que hiciera falta.

El siguiente testigo en declarar fue Álvaro, que acudió al juzgado en cuanto recibió la citación. A Inmaculada le pareció distinguido y tremendamente seguro de sí mismo. Se sentó con elegancia y

comenzó a responder a las preguntas de la jueza en tono colaborador, algo condescendiente. Hablaba gesticulando con las manos sin mover los codos, que apoyaba en los brazos de la silla, como si se sintiera cómodo en esa situación. Podía pasar por un político concediendo una entrevista.

Declaró que había invitado a subir en su coche a Lola y Ana al salir de la feria porque la amiga que les llevó a la ida, Sarah, ya se había marchado; que fue una casualidad que coincidieran a la salida y él se ofreció a acercarlas por mera cortesía. Había dejado primero a Lola en la puerta de su casa, que estaba a las afueras, no muy lejos de la feria, y luego llevó a Ana, que vivía en el centro del pueblo, en el mismo edificio de la peluquería. Respecto a la hora, no estaba seguro, creía que serían más de las cuatro cuando se marcharon, pero no lo podía precisar.

Inmaculada despidió a Álvaro apresuradamente cuando le comunicaron que había llegado el director de la caja con los extractos de las cuentas de Lola. Subió con Julián al ático y se reunieron allí con Ramírez y el fiscal, un joven atlético y completamente calvo que no se dejaba intimidar. Ella le había visto mantener la calma en la única situación violenta que se les había presentado hasta ese momento, durante la declaración de un yonqui el día siguiente al de su toma de posesión.

La sala de juntas del ático era fría, desangelada como el resto del juzgado y tenía un olor permanente a humedad. Por ver la parte positiva, era muy espaciosa.

Desplegaron los listados sobre la mesa enorme que ocupaba el centro de la habitación y fueron señalando los movimientos por categorías con rotuladores fluorescentes. Les llevó su tiempo, pero detectaron algo llamativo: durante los dos últimos años, el día diez de cada mes, Lola ingresaba en su cuenta siempre la misma cantidad. Una suma lo suficientemente elevada para no pasarla por alto.

—No parece que cuadre con la caja de una tiendecilla como la suya —dijo Ramírez—, es demasiado dinero en metálico.

—Y demasiado regular —dijo la jueza.

—Un chantaje —afirmó el fiscal con contundencia—. Dado que es

más que probable la paternidad de Álvaro respecto al hijo de Lola...

—Eso es *vox populi* —apostilló Ramírez.

—... no es descabellado pensar —siguió el fiscal— que le pidiera dinero a cambio de callarse y mantener a salvo su reputación.

—Y su herencia —añadió Julián—. Álvaro tiene un patrimonio enorme y, como no tiene hijos, todo lo heredará la mujer. No creo que le hiciera gracia repartirlo con el hijo de Lola.

—Tienes toda la razón —le contestó ella—. Pero ¿por qué solo los dos últimos años?, ¿por qué callarse durante cuatro años y luego empezar a hacerle chantaje?

No tenían respuesta. Podía ser que hubiera sucedido algo entre ellos, o que Lola se hubiera visto mal de dinero, o que, simplemente, se hubiera hartado de lo injusto de la situación. Parecía clave descubrir quién era el padre, ¡alguien lo tenía que saber! Debían hablar cuanto antes con Remedios, la tía de Lola, y registrar la casa. Inmaculada ordenó que buscaran cartas, diarios, informes médicos, fotografías y cualquier papel que les pudiera dar alguna pista.

Les interrumpieron para avisarles de que había llegado la testigo Ana Abril Calvo, así que recogieron todo y dieron por terminada la reunión.

Bajando las escaleras, Ramírez le comentó:

—Por cierto, doña Inmaculada, hemos localizado al niño. Por lo visto, estaba pasando la semana de feria en Sevilla, en casa de una prima segunda de Lola que tiene un hijo de su edad. Se llama Concepción Ruiz Moreno. Ha dicho que se queda allí mientras no se decida otra cosa.

—Muy bien. Encárguese de informar a la Junta y cítela para declarar.

Ana tenía la cara enrojecida y los ojos hinchados. No paraba de llorar, sonándose de vez en cuando con un Kleenex de colores.

—Es que Lola era mi mejor amiga —dijo como excusándose—, fuimos juntas al colegio.

La jueza esperó a que se calmara un poco y comenzó las preguntas.

—¿Sabe usted si Lola mantenía alguna relación sentimental?

—Desde hace años no tenía novio, que yo sepa.

—¿Le reveló alguna vez quién era el padre de su hijo?

—No. Ese era su secreto mejor guardado. No creo que lo sepa nadie. ¡Fíjese, que fui yo quien le acompañó en el parto! Lo recuerdo perfectamente. Era el día de Nochevieja y todo el mundo andaba como loco por eso del efecto dos mil, parecía que se iba a acabar el mundo. Lola me hizo un comentario muy raro, dijo: «Si se borran todos los ordenadores esta noche, ¡mejor!».

— ¿Tenía un diario?

—No. Si lo tenía, nunca me lo contó.

— ¿Lola tenía problemas económicos?

La pregunta pareció sorprenderle.

—No, claro que no. No nadaba en la abundancia, pero con la tienda iba tirando. Tampoco creo que tuviera grandes gastos.

— ¿Sabe usted si era adicta a alguna sustancia?

— ¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Pero qué clase de persona piensa que era? —dijo Ana molesta—. Lola se dedicaba a trabajar en su tienda y a cuidar de su hijo como cualquier madre. No era ninguna irresponsable. Lo más importante para ella era su niño, le quería con toda su alma y se desvivía por él. Antes, mientras estaba en la tienda se dedicaba a pintar, pero, desde que nació, no hacía más que leer libros de psicología infantil y esas cosas.

— ¿Y sabe si tenía enemigos o alguien que quisiera hacerle daño?

—En absoluto. Era buena gente y nunca hizo mal a nadie. Sé que en el pueblo tenía fama de comehombres —dijo, haciendo con las manos el gesto de comillas—, pero eso es mentira. Tuvo algunos novios, pero ella nunca hizo daño a nadie. Más bien, al contrario.

— Explíquese.

— Bueno, no era fácil para ella saber que todos se volvían locos en cuanto la veían porque enseguida se hacía ilusiones y, cuando se enamoraba, era de verdad. O sea, que se llevó varios desengaños y lo pasó muy mal. Y es que con los tíos, a la hora de la verdad, no se puede contar.

Inmaculada tuvo la impresión de que esos pensamientos pertenecían más a la propia Ana que a Lola, así que cambió de tema.

— ¿Qué hizo usted ayer por la noche?

— Fui a la feria, como todo el mundo. Estuve con Lola y con Sarah, que es otra amiga que se marchó pronto.